

LA FILOSOFÍA COMO RELIGIÓN Y LA RELIGIÓN COMO FILOSOFÍA

PHILOSOPHY AS RELIGIÓN AND RELIGION AS PHILOSOPHY

Pablo López López

IES Emilio Ferrari, Valladolid.

Resumen: *Dada su común matriz sapiencial, conviene reconocer la afinidad entre filosofía y religión, teología incluida, y cultivar su mutuo entendimiento y cooperación. Así, sin confusión entre ellas, se entenderán mejor a sí mismas, y servirán más a la humanidad y al conjunto de la cultura. Para ello, desde las categorías de “filosoficidad”, “religiosidad” y “religación” afinemos nuestra captación de la presencia de lo auténticamente filosófico y religioso. De tal modo, comprenderemos las religiones como filosofías y las filosofías como religiones. Igualmente, filosofaremos con cuidado religioso, y la religiosidad adquirirá amplitud filosófica.*

Palabras clave: *Filosofía, religión, teología, sabiduría y autenticidad.*

Abstract: *Due to their common core of wisdom, it is worth recognizing the affinity between philosophy and religion, including theology, and cultivating their mutual understanding and cooperation. Thus, without confusion between them, they can be better understood and be more useful to humanity and culture as a whole. For this purpose, with categories like “philosophicality”, “religiosity” and “religion” we refine our grasping of the presence of what is authentically philosophical and religious. In this way, we will contemplate religions as philosophies and philosophies as religions. Likewise, we will philosophize with religious carefulness, and religiosity will gain philosophical breadth.*

Keywords: *Philosophy, religion, theology, wisdom and authenticity.*

INTRODUCCIÓN

El propósito de esta exposición es el de revisar y clarificar los conceptos de “religión” y “filosofía” para comprender *su íntima relación* esencial e histórica. Ni la filosofía se reduce a religión ni viceversa. No se confunden. Pero la filosofía puede entenderse, en un amplio sentido, como religión o religación y desde la religión; y la religión se entiende también como filosofía y desde la filosofía. Muestras claras de ello son las filosofías religiosas o parareligiosas, la filosofía de la religión, y la filosofía presupuesta e incluida en toda teología y religión. No es obligado entenderlas así. Pero penetrar en su reciprocidad y común carácter sapiencial ayuda mucho a comprenderlas y a comprender al ser humano. Desde tan honda mirada recíproca, se descubre y perfila la unidad sapiencial filosófico-religiosa. Sea bajo bandera filosófica o religiosa, el ser humano descubre su sapiencialidad y cultiva lo mejor de sí mismo.

Hay una honda entraña común que comparte todo esfuerzo humano por elevarse a las mayores verdades, sea desde el arte más inspirado, las ciencias en constelación, la cotidianidad bien meditada, y desde la filosofía o la religión. Al igual que presento la filosofía como religión, cabe desarrollar la filosofía como arte, como ciencia, o como política, por ejemplo. Y, como es ilustrativo analizar la religión como filosofía, resulta también ilustrativo contemplar la religión como medicina o como celebración. Ahora, *es especialmente intensa la sapiencialidad compartida por religiones y filosofías, sobre todo en tanto estas maduran.*

Sin embargo, *tal entraña sapiencial común es difícil de asimilar por parte de los puristas y supremacistas de cada campo.* Por exaltar el sentimiento y la libertad, ciertos romanticismos, vitalismos y existencialismos esteticistas han marginado el conjunto de la racionalidad filosófico-teológica. Los científicistas han dado por superadas la filosofía, sobre todo la metafísica, y toda religión. Pero nada han entendido de metafísica, y han introducido de soslayo su pseudo-metafísica. Han manipulado el sentido de la ciencia y han sacralizado su propia ideología, con afán de poder y control social. En complicidad con ellos y movidos por su crisis religiosa, su secularismo o su sumiso convencionalismo, algunos puritanos de la profesión filosófica se desviven por desmarcarse de cualquier conexión con el pensamiento religioso. Suelen equiparlo a la literatura mitológica, sin comprender ni uno ni otra. Toda su percepción de la historia de la filosofía está sesgada desde el principio por una valoración anacrónica de la relación entre teología, religión, ciencia, filosofía y política. Son escrupulosos con los acrisolados dogmas religiosos, pero acrílicos con los particulares dogmas propios y de otras vacas sagradas de la historia oficial de la filosofía. Se ilusionan con los destructivos escépticos y cínicos, pero rechazan o minusvaloran por prejuicio las razones de las tradiciones religiosas creadoras de civilizaciones. Ni siquiera son racionalistas. Son confusos, este-reotipados y acomodaticios. Y desde el fideísmo y el sacralismo religiosos de

diferentes confesiones se ve también con los malos ojos de la incompreensión cualquier acercamiento a la filosofía y al humanismo. Por su pobre hermenéutica de sus propios textos sacros, creen que ambos atentan contra una supuesta pureza de la fe.

Por encima de tales sesgos, estudiamos en su compenetración este par de conceptos: "filosofía" y "religión". Nos animan su vital importancia cultural y su protagonismo en la filosofía de la religión, en la necesaria comprensión global de la religión. Buscamos la autenticidad y la visión global de ambas, no el estrecho puritanismo ni la parcialidad. Tanto las filosofías como las religiones, en tanto sean auténticas, son caminos de búsqueda y cultivo de la sabiduría. Por ello, la filosofía de la religión viene a ser *una sabiduría de la sabiduría*. Asimismo, vienen a serlo la metafilosofía (filosofía de la filosofía) y la teología fundamental (metateología) por su particular hondura epistemológica y carácter metasapiencial.

Cierto es que, comparando sistemas sapienciales, sobre todo en sus vertientes académicas, sería más exacto cotejar "filosofía" y "teología". Ahora bien, la comparación más conmensurable entre la filosofía y la religión consiste en tomar ambas no tanto como meros sistemas de ideas (algo que no dejan de ser), sino como sistemas globales de vida humana. Como tales, muchas veces se identifican, al menos en parte. El pensamiento sobre la vida es inseparable de la vida pensada, y pertenece a su núcleo más humano. Por tanto, mantendremos en primer plano *la comparación vital entre filosofía y religión, sin olvidar la teología*. Filosofía y teología conforman la sofología o ciencia de la sabiduría.

En efecto, somos conscientes, por un lado, de que en cada religión hay alguna teología vertebradora, más o menos sofisticada. Si lo divino no es principal en alguna religión como el budismo, esta tiene al menos un absoluto, y, en correspondencia, una absolutología o teología difusa. De hecho, toda religión mana del culto a un absoluto transcendente. Incluso las filosofías contienen posiciones favorables o contrarias a una teología natural o a un absoluto. Y, por otro lado, sabemos que *el filosofar aplicado y la religión practicada son mucho más que un pensar profundo, pues son globales planes desarrollados de vida intensamente humana*. Como tales, su convergencia espontánea es neta. A veces esto no se percibe en manifestaciones muy parciales de filosofía y de religión. Pero, en conjunto, filosofías y religiones compiten o se complementan, porque en última instancia tratan de lo mismo e intentan lo mismo: orientar con un hondo sentido la vida humana. Al complementarse a fondo, pueden descubrir su entraña común en la búsqueda amorosa de la sabiduría, e incluso en la sabiduría del amor.

La unidad de origen y, tras diferenciarse, la convergencia de religión y filosofía se perciben con mayor naturalidad, si superamos la distinción entre "filosofía teórica" y "filosofía práctica". Sobre todo, conviene superar tal dualidad

en su variante rígida al estilo kantiano (entre los llamados “usos teóricos” y “prácticos” de la razón). Toda la filosofía es muy teórica. Es la suma teoría, la teoría de las teorías, y la teoría de la teorización. A la vez, y sin transitar a otra área de la filosofía o de la razón, toda la filosofía es muy práctica, porque directa o indirectamente ilumina el conjunto de toda nuestra actividad. La práctica es teoría aplicada, y la teoría es la práctica comprendida. Así, se comprende la vocación completamente vital de la filosofía, sin requerir vitalismos. Tampoco la teología puede aislarse como mera teorización académica o de intelectuales, al margen de la vida religiosa de personas y comunidades. *Entendiendo el conjunto de la filosofía y de la religión como sabidurías vitalizadoras, su compenetración y común camino resultan diáfanos.* Son sabidurías prácticas y prácticas de sabiduría. Los procedimientos precisos no suelen coincidir ni entre filosofías ni entre religiones. Por ello, no pueden extrañar las diferencias procedimentales entre religiones y filosofías. En todo caso, comparten la común y amplia ruta marítima de la búsqueda sapiencial.

D) EL ENTENDIMIENTO ENTRE “FILOSOFÍA” Y “RELIGIÓN”

La filosofía de la religión muestra cómo la filosofía es imprescindible para comprender la religión, por ser esta una libre dimensión capital del existir humano y del conjunto de lo real. Todas las culturas de la historia se han vertebrado en buena parte por un fuerte componente religioso y, recientemente, también parareligioso. El conjunto de lo real tiene vocación de “universo”, de unidad en torno a una referencia principal, “arjé” o fundamento, que todo lo vincula o religa y sin el cual resulta ininteligible. Y es propio de la filosofía abordar las mayores dimensiones de la universal realidad humana en su marco más completo. Por ello, la filosofía es necesaria y principal para abrir bien los ojos al inmenso hecho religioso. La filosofía madura es el telescopio para el inabarcable universo religioso. La búsqueda humana de sentido pleno, de raigambre con el Absoluto, es piedra angular de la antropología filosófica. Y la religión o radical vínculo global de lo real vertebrada la metafísica. El hombre tiene sentido en una realidad con sentido. El hombre es persona, y solo lo personal le da cabal sentido. De hecho, solo la persona capta el sentido de lo real, y solo una realidad personal da sentido a la realidad. Es algo primordial el que dota de pleno sentido. Es el Alguien primigenio a quien religiosamente se da culto, y filosóficamente se busca y contempla. Las personas hacemos cosas, pero las cosas no hacen personas. Las personas procedemos de personas (no de meras cosas), y, en última instancia, de quien es absolutamente personal. Todo esto se capta y expresa filosóficamente. *Solo la filosofía abarca y penetra tanto como para comprender la religión.* El gran ensanchamiento mental del camino filosófico allana la ampliación de corazón necesaria para vislumbrar el misterio religioso. Filosofía y religión componen así una extensa senda de honda personalización.

A su vez, la religión y su reflexión teológica son ayuda decisiva para la propia autocomprensión de la filosofía, y de la misma condición filosófica del ser humano. No en vano, en la cuna y el florecer de la filosofía griega esta se concibió como teología, vinculándose a la reflexión sobre la divinidad. Ya los presocráticos alentaron cierta teología en ciernes¹. Siguiendo el encargo de Apolo, Sócrates filosofaba y enseñaba a razonar sobre la virtud. Todo el pensamiento de Platón se regía por la divina transcendencia de los modelos universales celestes. Aristóteles declaró que la filosofía primera era “teología”. Y el estoicismo instaba a asumir el universal orden racional y divino. Con cierta razón se ha contrapuesto el mito y la sofística a la filosofía, aunque subyace una filosofía en los mitos, y los sofistas y demás escépticos estimulan la réplica filosófica. En cambio, no cabe contraponer filosofía y religión, sea en Grecia u otro lugar. La religión ni es mito, ni sofística, ni nada que aparte del ejercicio profundo, crítico y positivo de la racionalidad. Solo una religiosidad inmadura o un filosofar desencauzado rebajan los niveles de raciocinio. Un genuino espíritu religioso y su desarrollo teológico incluyen y fomentan la sabiduría que desde Grecia se llama “filosofía”. No es cierto que una causa del surgimiento del filosofar heleno fuera un escaso sentido religioso o una débil ortodoxia teológica. De hecho, los griegos, incluidos sus más destacados filósofos, eran religiosos. Y pensadores como Anaxágoras o Sócrates sufrieron una drástica censura por su supuesta heterodoxia o impiedad. La muy filosófica y religiosa tragedia griega enseñaba, como cualquier religión, que en el origen de todos los males humanos se halla la “hybris”, la desmesura, presunción o soberbia frente a la divinidad. En fin, en la antigua Grecia y en toda la historia, *no se entiende a fondo la religión sin filosofía, ni la filosofía sin religión.*

Desconocerlo puede deberse a cierta confusión o parcialidad acerca de uno de los dos términos o de los dos. *Según se entiendan los términos “religión” y “filosofía”, así serán relacionados.* Digamos que, según se entienda cada una, así se concebirá su mutuo entendimiento.

Filosofía y religión son entendidas mucho mejor en su reciprocidad y mutua colaboración. No es que unilateralmente una sirva a la otra. Entre ellas reina una digna simbiosis. Lo mismo se aplica entre el conjunto de las filosofías y el de las teologías. Tan cierto es el “*Philosophia ancilla theologiae*”, como el “*Theologia ancilla philosophiae*”. La filosofía sirve de ayuda esencial a la teología y a la religión; y la teología y la religión sirven de ayuda esencial a la filosofía. Que por incomprensión o autosuficiencia algunos pretendan prescindir de tal sinergia, solo indica su empobrecimiento. *Filosofía, teología y religión se sirven entre ellas para servir grandemente a la humanidad.*

Sirven irremplazablemente a la maduración de la humanidad y a la mayor personalización de cada individuo humano. De ahí, la necesidad de su

¹ Cf. W. JAEGER, *La teología de los primeros filósofos griegos*, México, FCE, 1947.

protagonismo en todo proceso o sistema educativo. *Sin capacitación filosófica y sin cultura teológico-religiosa, cabe instruir y formar en áreas particulares, pero nadie queda globalmente educado.* Sin su entendimiento, el humano no se entiende a sí mismo, sobre todo en su misterio personal. Lo que más necesita el hombre en cuanto tal, es sentido vital. La conciencia de tal sentido solo se la proporciona la sabiduría poco a poco alumbrada por lo mejor de las filosofías y de las religiones. Como en otras disciplinas (ciencias, artes), el ser humano comete numerosos y graves errores en sus filosofías, teologías y prácticas religiosas, porque el ser humano es muy falible. Además, estas disciplinas sapienciales son de elevada complejidad teórica y vivencial. Pero por la transcendencia global de estas, los humanos debemos priorizar su mejora para mejorarnos de raíz a nosotros mismos.

Se objeta difusa y tópicamente que “la religión” en bloque ha causado males como guerras y rigorismos morales. Se la imagina al servicio de los poderosos e incompatible con “la ciencia”. Y, exhibiendo condescendencia, suele añadirse que, aunque haya cumplido un destacado papel histórico, hoy queda minimizado al ser sustituida por “la ciencia” y una moderna moral emancipada. Lo primero es que no funcionan en bloque ni la religión ni la ciencia, ni son sujetos morales unitarios y monolíticos a los que atribuir culpas o virtudes. Lo que causa guerras y otros males similares es la maldad humana en todas sus manifestaciones, y no un área universal de la cultura, como la religión, el arte o la política. Además, ni todas las guerras tienen factores religiosos, ni estos suelen ser los principales o los únicos, incluso cuando se apela a ellos. Ni el rigorismo ni el laxismo morales son exclusivos ni propios de las morales religiosas. Estas oscilan entre dichos polos tanto como las morales arreligiosas. Las religiones en general no sirven a los poderosos, sino que estos se sirven de las religiones. Las personas auténtica y maduramente religiosas frenan dicha manipulación, a veces a costa de sus vidas. Las religiones perviven y florecen tradicionalmente en el pueblo llano. Quien alegue incompatibilidad entre ciencia y religión, no entiende tales campos del pensamiento. En general, tratan asuntos distintos, aunque a veces converjan en cuestiones filosóficas comunes. Y es ingente y continua la cantidad de grandes científicos que a la vez son grandes almas religiosas. Además, es mucho suponer que exista esa actual moral unitaria netamente superior por su irreligiosidad. En fin, *la relevancia y la actualidad sapienciales de las religiones no pueden rechazarse por los casos de malas prácticas religiosas.* Como tampoco puede condenarse o minusvalorarse toda la política o toda tecnología, porque abundan malas prácticas políticas o tecnológicas.

También se objeta contra la filosofía que resulte una mera especulación vaga, sin calidad científica, inevitablemente muy subjetiva e incapaz de solventar los problemas que replantea en un bucle sin fin. Se acepta como gimnasia mental que agiliza el pensamiento crítico. Pero ya no se suele esperar

ninguna solución de ella, o, mejor dicho, de sus representantes profesionales. Sin embargo, la inteligencia humana se distingue por su capacidad de especulación o consideración de una amplia gama de posibilidades lógicas. Que sea vaga o precisa, subjetivista u objetiva, estéril o fructífera, depende de cada filósofo. Depende de cada uno de nosotros como filósofos insustituibles de nuestras vidas. Una buena lectura de filósofos famosos enriquece, pero no esperemos que ellos solos resuelvan nuestras inquietudes vitales. Renunciar a construir la propia filosofía de vida es renunciar a ser uno mismo. Apartar de la categoría científica a la filosofía en bloque es ignorar que en conjunto toda la ciencia descansa en fundamentos filosóficos. Son filosóficos los mismos conceptos de "ciencia" y "verdad", básicos en toda ciencia. Filosofar, vivir filosóficamente, es mucho más que una gimnasia intelectual, literaria o tertuliana. A la mente le aporta un panorámico alcance lumínico, sin el cual todas nuestras demás luces resultan muy cortas. *Lanzarse a la aventura filosófica no garantiza sabiduría, pero sin filosofía la falta de sabiduría queda tristemente garantizada.*

En nombre de la "religión", como en el nombre de otros grandes valores, algunos han cometido grandes errores y barbaridades. En nombre de la "filosofía" se han sostenido los mayores disparates y necesidades. Pero nada de esto acabará con *el impulso sapiencial humano en pos de una religación cultural, comunitaria y personal, y de una amorosa búsqueda de las razones más profundas y globales.* La humanidad se juega entender el sentido de la vida, es decir, la vida misma.

En general, aun reconociendo la renovada importancia capital de la filosofía y de la religión por separado, a muchos les cuesta asimilar su importancia integrada. Hoy domina el prejuicio de que son áreas culturales muy diversas y hasta divergentes, aun con temas comunes y frecuentes tensiones. Las tensiones también muestran que para nada son indiferentes entre sí. Y tales tensiones, también frecuentes entre corrientes filosóficas, no implican una necesaria incompatibilidad u oposición. En general, no hay mayores disensiones entre religiones y filosofías que las verificables entre filosofías o entre religiones. Los profesionales de la filosofía que se privan de abordar a fondo la cuestión religiosa pierden, en cuanto filósofos, en visión global de su quehacer sapiencial. Que pretexten una absoluta oposición, se debe a la particular antirreligiosidad de su corriente, y no a una incompatibilidad esencial entre el pensamiento filosófico y el religioso. Se oponen ciertas filosofías y ciertas religiones, pero no la religión y la filosofía en bloque. Ambas pueden congeniar muy bien. Lo atestiguan la continua existencia y ejemplar labor de numerosísimos filósofos religiosos o religiosos filósofos. *Afirmar la convivencia y sintonía filosófico-religiosa no requiere un apego u opción religiosa. Basta captar la común índole sapiencial de lo que, con base real y cierto convencionalismo, distinguimos como "filosofía" y "religión".*

Lejos de ser indiferentes entre ellas, podemos descubrir que *no se entiende bien la una sin la otra.* Los límites conceptuales o teóricos entre "filosofía" y

“religión” no implican su aplicación inflexible en el flujo de lo real. Sea para enfrentarse, para aliarse, o para complementarse, lo filosófico y lo religioso son más afines de lo que a algunos parece o gustaría según sus apriorismos. Lo más profundo e importante en la realidad concreta de filosofía y religión es su empeño por captar, expresar y compartir el gran saber del sentido global: la sabiduría. No asimilarlo es entenderlas muy cercenadas, en su mera manifestación externa, aunque sea erudita. Y es una contradicción y un fracaso entender superficialmente el pensamiento más profundo, el filosófico y el religioso.

Aún libres de relativismos, no perdamos de vista que categorizaciones como las de “religión” y “filosofía” parten de una firme base real, pero también dependen de procesos histórico-culturales fluctuantes. Necesitamos comprender su raíz y núcleo común: la búsqueda y el cultivo de las principales verdades de la vida. Filosofía y religión no se entienden bien la una sin la otra. Su diferencia es complementaria. Y tampoco se entienden bien sin descubrir *su origen y fin unitarios: el de las preguntas más vitales y la contemplación más completa.*

Lo que en esencia comparten religión y filosofía, y las distingue de otros saberes, es su carácter sapiencial, al menos intencionalmente, aunque a veces quede malogrado. Son intentos, más o menos exitosos o fracasados, de sabiduría, de saber de la máxima hondura y amplitud. Sus aspiraciones son las más altas, por lo que su falibilidad es la mayor. Pero, en tanto acierten, su aportación es la más relevante para quien las profese. Los aciertos sobre lo más importante son los más importantes. Y filósofos y religiosos aciertan más en cooperación. Lo último que hace un sabio es desentenderse de otro sabio. Da igual que aparezca como filósofo, teólogo, místico, poeta, científico o sencillo representante de la sabiduría popular. Ahora bien, lo que no hace un sabio es simular diálogo y convergencia con quien solo simula sabiduría.

Hay pensadores que se muestran como netamente filosóficos; y otros, como netamente religiosos. No por ello los primeros carecen de cierto sentido religioso o religatorio y trascendente, ni los segundos carecen de hondura y racionalidad filosóficas. Y no faltan las múltiples manifestaciones del pensamiento humano claramente mixtas u oscilantes entre lo considerado “filosófico” o bien “religioso”. Está bien perfilar las nociones, pero sin forzarlas en su discurrir histórico. Al final, lo que cuenta en el pensamiento más profundo no es si declaramos algo “filosófico”, “religioso”, “teológico”, “científico” o “poético”, sino si vamos alcanzando *la verdad más relevante y sabia.*

Quienes se presentan o son tenidos como “religiosos” pueden ser *profilosóficos* o bien *antifilosóficos*, sin contar con los presuntos indiferentes. Pero la opción antifilosófica es muy minoritaria en el campo religioso, sobre todo en el de la teología cristiano-católica. Si se da, suele deberse a malentendidos conceptuales o a una escasa formación. Generalmente equivale a una

discrepancia con ciertas filosofías dominantes o con un filosofar desnortado, y no con la filosofía en sí. Así se comprende, por ejemplo, Col 2,8, donde Pablo de Tarso previene no de la filosofía como tal, sino de que esta se instrumentalice (nótese la preposición en “διὰ τῆς φιλοσοφίας”) para engañar, oponiendo la tradición mundana de los hombres al seguimiento de Cristo. El mismo Pablo ensalza la sabiduría, procedente de Dios (vid. 1Cor 1,25; 2,12-13), y argumenta con sutileza y hondura filosóficas constantemente (por ej., Hch 17,17-30 y Rm 1,19-23). De hecho, toda religión incluye implícita o explícitamente una reflexión filosófica, de búsqueda y afirmación sapienciales. En mayor o menor medida, no puede no hacerlo. En el Corán Dios es reconocido como el sabio por antonomasia, y sabios son los que confían en Él (vid. sura 3, aleyas 6-7). Si abundan las filosofías cristianas o islámicas, entre otras, es porque hay mucha filosofía en la religión cristiana y en la islámica. Incluso fideísmos como el de Lutero, y cualquier tendencia escéptica, no quedan exentos de cierta carga filosófica, aunque sea nominalista y voluntarista. Al-Ghazali, criticando en nombre del islam lo que llamó “La incoherencia de los filósofos”, no dejó de filosofar, ni de cometer incoherencias, que posteriormente refutó Averroes. El debate suscitado en el siglo XI entre dialécticos y antidialécticos no fue entre la filosofía y la religión, o entre la razón y la fe. Se dio entre dos opciones filosófico-teológicas, representadas siempre por autores que, como Berengario de Tours o Pedro Damiano, a la vez eran filósofos y teólogos y como tales escribían.

No cabe atacar la filosofía sin filosofía, aunque esta más bien sea una imitación o una pseudofilosofía. Ni los escépticos dejan de promocionar sus convicciones en cualquier tema, incluida la filosofía. Hasta la sofística encierra algún interés filosófico. *A la filosofía se opone no la religión, sino la superficialidad, la parcialidad, el escepticismo y, sobre todo, el nihilismo.* La filosofía, como la religión, abre a la plenitud del ser, en dirección opuesta a cualquier implícito o explícito nihilismo. El nihilismo militante se manifiesta también en absurdas proclamas antimetafísicas. Los retoricismos antimetafísicos esconden ontofobia: aversión soberbia a la ley natural y a todo el orden de lo real, a la cosmología más profunda, a la lógica del ser, al ser mismo con toda su unidad, verdad, bondad y belleza según el modelo del Ser absoluto. A la filosofía se opone la pseudofilosofía, con su recurso al escepticismo antimetafísico y a la superficialidad positivista. Se opone a toda sofística que desprecie las verdades primeras. A la religión se opone la pseudoreligiosidad, incluidos el iscarotismo y el cainismo, sobre todo de parte de los más feroces antirreligiosos.

Quienes se presentan o son considerados como “filósofos”, también pueden ser *florreligiosos* o bien *religiosófobos*. Estos últimos suelen esconder alguna vena religiosa o parareligiosa. Ser florreligioso no implica necesariamente ser religioso. De hecho, algunos contemplan con gran respeto, simpatía y admiración la contribución cultural y filosófica de las religiones, sin asumir o practicar ninguna. En todo caso, no seamos tan ingenuos como para asumir

que todo el que se presenta como “religioso” o “filósofo” es un genuino representante de su ostentada etiqueta.

Por lo demás, *tanto la filosofía como la religión deben ir renovando sus credenciales ante otros amplios campos de la cultura*, como el de las ciencias particulares o las artes. La autonomía de cada saber no justifica su hermetismo ni su indisposición a cooperar. La labor interdisciplinar puede hacerse solo entre áreas culturales afines, o, mejor, entre todas las posibles. Tal magna cooperación global requiere la vertebradora perspectiva sapiencial filosófico-religiosa o filosófico-teológica. El servicio de coordinación sapiencial global de toda la cultura por parte de filosofías y religiones exige la propia coordinación entre filosofías y religiones. De nuevo, es recomendable cierta cooperación intersapiencial entre religiones y filosofías, al menos entre las principales por su extensión, longevidad y arraigo. A tal colaboración contribuye el intenso diálogo interreligioso contemporáneo. Es de esperar más diálogo sincero entre tradiciones y escuelas filosóficas de las diversas culturas. A mayor diálogo interreligioso y a mayor diálogo interfilosófico, más podrá crecer el diálogo y la compenetración entre filosofías y religiones. El aristotelismo del Aquinate y el de Avicena, como los elementos platónicos de san Agustín, o la inspiración hinduista y jainista de Gandhi son solo algunos ejemplos de diálogo y colaboración filosófico-religiosos. El diálogo no es un fin, sino un medio para avanzar hacia el descubrimiento compartido de mayores y más depuradas verdades.

Los teólogos suelen estudiar y practicar filosofía ampliamente. En cambio, es mucho menor la proporción de filósofos profesionales duchos en cualquier teología. *Cuando los teólogos sean mejores filósofos y los filósofos entiendan más de teología, se afinará y extenderá la compenetración y el mutuo entendimiento filosófico-teológico y filosófico-religioso*. De tal modo, la filosofía y la religiosidad serán mejor comprendidas, con sutileza y sin encorsetamientos, como claves humanas.

Se ha estereotipado tanto la comprensión de la filosofía, de la religión y de su relación, que, en la práctica y de modo simplista, la filosofía se vincula a “la razón”, mientras que la religión se vincula a “la fe”. Así, se supone que en las filosofías no cabe la fe, ni en las religiones cabe o es relevante la razón. Suele imaginarse una especie de razón pura y crítica en filosofía, tendente incluso al racionalismo, mientras a la religión se asigna una suerte de fe ciega, acrítica, emotivista y costumbrista, identificada con el fideísmo. Este encasillamiento se completa vinculando unilateralmente la religión con “dogmas” y la filosofía con el uso muy crítico de la razón, a veces cercano al escepticismo. Sin embargo, a poco que se analice el real modo de operar del pensamiento filosófico o del religioso, se descubre: que en la base de todo sistema de ideas subyacen actos de fe y dogmas, axiomas o principios asumidos “per se”, y que la razón profunda y crítica no es exclusiva de los filósofos. *Ser más o menos*

racional, profundo y crítico varía de pensador a pensador, se diga filósofo, teólogo, o religioso, o de sistema a sistema.

Las religiones son también racionales y las filosofías son también creyentes, incluso las ateas. El ateo dice no creer en Dios, pero, como los demás, cree en ideas indemostrables. Todos tenemos multitud de creencias. *La alternativa no estriba entre ser creyente o no creyente, sino entre ser un creyente sensato o bien un crédulo o un nihilista.* No podemos creernos cualquier idea, ni abandonar toda creencia de sentido, sino que hemos de creer en lo más verosímil y meritorio. Ni la fe es patrimonio de la religión, ni la razón lo es de la filosofía o del resto de ciencias. Ningún sistema filosófico se demuestra. El humano es religioso por ser racional, aunque no por ser racional se ha de ser religioso, ya que la religión es un vuelo de la libertad. Solo una racionalidad profunda puede plantear y desarrollar una opción religiosa, y solo una alta libertad puede acogerla.

Pese a la rígida división supuesta entre filosofía y religión, prevalece *el gran interés mutuo.* Pruebas de ello son el cultivo de *la filosofía de la religión* (desde mucho antes de acuñarse esta denominación), y el que, en diversos grados, *las religiones y sus teologías constantemente entren en espontáneo diálogo o debate con varias filosofías.* El interés recíproco se fortalece, porque las religiones y sus teologías afinan su aspecto intelectual y filosófico, tanto para su autocomprensión como para dialogar con diversos interlocutores. A su vez, las filosofías también se enriquecen intelectualmente al dialogar o debatir con teólogos, que no dejan de ser filósofos. Así, logran conectar más con las culturas populares, en las que las religiones arraigan mucho más que las filosofías profesionales.

Aún mayor confluencia entre filosofía y religión destaca en *las filosofías religiosas* y en *los aspectos filosóficos de cualquier religión*, implícitos o explícitos. Pensemos de nuevo en la filosofía cristiana, la filosofía islámica o la filosofía budista, todas ellas con amplísimas tradiciones y ricas variantes.

En toda esta cuestión de la relación entre los conceptos “filosofía” y “religión” y de sus realidades correspondientes, recalquemos la relevancia del *factor histórico-espacial y cultural.* Interactuando con distintos factores culturales, incluida la filosofía, cada gran religión ha modelado una o varias culturas. En función de tal interacción progresiva ha surgido una relación con el filosofar de dicha cultura. Dos principales focos mundiales filosóficos y religiosos son: India, de religiones o cosmovisiones dhármicas; y Euroamérica con Oceanía e Israel, el foco más universal, vertebrado por su raíz cultural grecorromana y judeocristiana. Un tercer gran foco cultural, filosófico-religioso y político-jurídico, es el islam, de origen arábigo y amplia implantación afroasiática. No es adscribible sin más, según lo convencional, a las religiones “abrahámicas”. De hecho, y por razones de fondo, el islam se erige cual alternativa tanto al judeocristianismo como al hinduismo y budismo. Un foco cosmovisivo antiquísimo y en actual expansionismo es el chino. Más que en virtud de su propia

tradición milenaria filosófico-religiosa, se impulsa desde un neomarxismo nacionalista y antirreligioso. Desde un capitalismo de estado, sigue más a Mao Zedong que a Confucio.

II) FILOSOFICIDAD Y RELIGIOSIDAD

Para nada diluyamos nociones tan importantes como las de "filosofía" y "religión". No cuenta la cómoda excusa relativista de que no cabría discernir entre las muchas definiciones de cada una. Ciertamente es que falta precisión y propiedad en su uso muchas veces. Pero no suele generarse perplejidad cuando se las menciona. En general, son más o menos entendidas. Y, al menos en el ámbito euroamericano, abunda cierto consenso aproximado sobre el listado de filosofías y el de religiones. Ahora bien, es posible y necesario aproximarse más a una definición de "filosofía" y a otra de "religión". No nos rindamos a la confusión en términos tan básicos. La flexibilidad con la que, a tenor de sus afinidades, conviene tomar ambos términos, no justifica la ambigüedad al conceptualizarlos y usarlos.

Sin aspirar a grandes adhesiones, y según su respectivo sentido etimológico y originario, definiciones válidas de ambas pueden ser las siguientes. *La filosofía es la búsqueda amorosa de la sabiduría.* Se entiende "sabiduría" no como un saber cualquiera, sino como un saber acendrado, virtuoso, global y de máxima profundidad. Dado el impulso amoroso de tal búsqueda, se asume que esta se realiza del mejor modo posible, con toda la racionalidad y la sinceridad posibles. La sabiduría humana no puede ser sino racional, de máxima racionalidad por su amplitud y hondura de miras. *La religión es el culto existencial y celebrado del vínculo con el absoluto transcendente.* Lo común es entender tal absoluto como divinidad. En el vínculo estriba la religación o ligazón redoblada. Como tal, el vínculo religador es vitalmente prioritario. La idolatría es la desviación respecto del culto al Absoluto real. Así ocurre al absolutizar algo relativo, inmanente o finito.

Aclarada la importancia de contar con definiciones de nuestros dos términos, reconozcamos también *la peculiar gradualidad de sus aplicaciones.* Aun asumiendo que hemos definido aceptable y flexiblemente, hallamos que ni todo lo habitualmente incluido como "filosofía" o "religión" es tal, ni todo lo que no aparece bajo dichas denominaciones carece de notables rasgos filosóficos o religiosos. Y es difícil establecer que una obra es puramente "filosófica" o cien por cien "religiosa". Así, en un libro o discurso clasificado como "filosófico", encontramos normalmente también aspectos biográficos o psicológicos, sociológicos, históricos, literarios, económicos, anecdóticos, etc. Y en textos tan "religiosos" como la Biblia, el Corán, el Tao Te Ching, los Vedas, el Avesta, o el Sri Guru Granth Sahib se entreveran también todos esos planos, incluido, en gran medida, el filosófico. En su aplicación práctica lo filosófico y lo religioso

no se dejan aislar ni entre sí ni respecto de otras dimensiones culturales. Por ello, hemos de conceptualizar tal condición transversal, gradual y extensa tanto del pensar y de la actitud filosóficos, como de la visión y del sentir religiosos. Para esto, conviene acuñar y emplear las nociones de “filosoficidad” y de “religiosidad”. Son paralelas a la de “cientificidad” y a la también novedosa de “artisticidad”.

La *filosoficidad* consiste en un grado notable de amor a la sabiduría y de la consiguiente búsqueda intelectual. Lo filosófico se distingue por el amor a la verdad más profunda, amor que impulsa la constante indagación de esta. Como todo amor, partiendo de un mínimo umbral de sinceridad, puede crecer gradualmente. Aun cuando no existe “religioso”, por paralelismo con “filosoficidad” cabe acuñar “*religiosidad*” como el grado de autenticidad en el culto existencial y celebrativo del vínculo con el absoluto transcendente. Aunque próxima, se distingue de la *religiosidad*, que designa la espiritualidad religiosa particular (individual o popular). Dado un nivel mínimo de religiosidad, se puede desarrollar una religiosidad. Esta concreta una espiritualidad transcendente en un compromiso cultural y comunitario. Los humanos buscamos referencias y vínculos consistentes, ligarnos a algo y a alguien de fiar. Tal vinculación o ligazón alcanza su cima en la religación que propiamente llamamos “religión”, vivenciada desde una religiosidad a partir de un umbral de religiosidad.

Tanto las definiciones propuestas como las nociones aportadas de “filosoficidad” y “religiosidad” ayudan a aclarar la estrecha relación, sin confusión, entre el hecho religioso y el filosófico. Al buscar por amor la verdad más profunda o sabia, ¿no buscamos lo que merezca toda nuestra dedicación o culto vital? Al filosofar a fondo, buscamos nuestra religación. Luego, la religación sentida puede fraguar en una adhesión religiosa más o menos definida. Y, al profesar y celebrar un culto existencial, ¿no contemplamos la sabiduría alcanzada sobre tal vínculo absoluto? Los cultos religiosos no surgen de la nada, ni de un simple anhelo primario de consuelo, sino de una búsqueda intelectual muy sentida y compartida de verdades sapienciales. Incluso una revelación divina hay que asimilarla e interpretarla paulatinamente con gran finura racional y sapiencial. Al ahondar en una religión, no podemos no filosofar. En fin, *mediante procesos más o menos filosóficos o religiosos, los humanos deseamos y buscamos en todas nuestras condiciones y circunstancias lo incondicionado de la existencia.*

No es que, sin más, la filosofía pregunte y la religión responda. Hay preguntas y respuestas en ambas. En la teoría, distinguimos las nociones de “filosofía y “religión”, y, en la práctica, calibramos el predominio de una u otras en los textos o discursos. Pero insistamos en que abundan *textos y autores con vetas solapadas de filosoficidad, de religiosidad, y de otros componentes.* Hay autores como Agustín de Hipona o Anselmo de Canterbury en quienes, con dosis variantes según cada obra, se alternan o convergen la filosoficidad y la

religiosidad más elevadas. En Nietzsche se combinan filosoficidad, antirreligiosidad y hasta un escepticismo voluntarista y antifilosófico que recuerda a ciertos sofistas.

Un caso prototípico de *continuidad filosófico-religiosa* es el del filósofo Justino, de la Palestina del siglo II. Tras mucho peregrinar por diferentes filosofías, encontró digna de su amor la sabiduría del Amor. Se hizo cristiano hasta dar la vida por el Dios de su razón y fe, considerando a Jesucristo el culmen de la filosofía.

Hoy perspectivas como la de Justino son difíciles de entender para muchos. Pesa sobre la mentalidad actual cierto *convencionalismo cuestionable en las vigentes clasificaciones de "filósofos", "teólogos", "literatos", "políticos" o "científicos"*. Veamos unos ejemplos. Primero: ¿por qué no considerar filósofos a Hesíodo y a los trágicos griegos? No sin razón, algunos lo hacen. El lenguaje literario no descarta la filosofía. Sobre todo, es cuestionable excluir de la filosofía todo el pensamiento previo a la antigua Grecia o el distante de su tradición (como el de China e India). En Grecia se acuñó la palabra "filosofía" y se impulsó magistralmente su cultivo, pero no se inventó la esencial tendencia humana a buscar la verdad fundamental. Segundo: la primera recepción de Nietzsche le encuadró entre los literatos. Después ha predominado su categorización como "filósofo", pese a que él atacase con extrema furia a los filósofos en general. No es que simplemente discrepase de teorías concretas, sino también de su misma pretensión intelectual y sapiencial. Tercero: es frecuente que algunos científicos naturales divulguen sus ideas filosóficas o sobre religión, como si estas fueran científicas y de la misma categoría que las de sus obras de expertos. Es el caso de Stephen Hawking y su "Breve historia del tiempo". Introducir en un libro muchos datos de una ciencia no significa que el conjunto del libro quede avalado por dicha ciencia y que los demás científicos deban asumirlo como tal. El marco estructural del conjunto de las ciencias y sus paradigmas dominantes, según ya mostraron autores como Kuhn, son filosóficos. Los paradigmas o modelos científicos no pueden ser propios de una ciencia o de un puñado de ciencias. Han de servir a todas las ciencias, muy numerosas y diversas. Y, cuarto: por ingenuidad propia, o aprovechando la ingenuidad ajena, pensadores como Comte, Marx y Engels ostentaban como incontestable y superior científicidad lo que no era más que una filosofía con fuerte carga ideológico-retórica y toda un ateología o fe atea de autoexaltación.

¿Por qué hay un grado relevante de filosofía en textos o discursos no considerados filosóficos, sino de una determinada ciencia, ideología política, arte o hasta de la cotidianidad (refranero, etc.)? ¿Por qué afloran la sensibilidad y el razonamiento religiosos en obras supuestamente ajenas a la religión? Porque *hay filosoficidad y religiosidad muy dispersas en gran parte de la vida humana*, más allá de los márgenes estrictos de sus correspondientes nociones y de sus manifestaciones estereotipadas. Esto es esencial para la filosofía y la religión, que

comparten, en competencia o en colaboración, la vocación a vertebrar todo lo hondo y definitivo del existir humano. La filosofía es imprescindible para orientarnos en el conjunto de lo real. Sin ella, estamos perdidos. La religión nos salva de creernos dioses o bestias, y nos centra en nuestra propia dignidad. Sin ella, vamos a la perdición.

III) LA AUTENTICIDAD DE FILÓSOFOS Y RELIGIOSOS

Si los discursos, escritos y demás obras pueden ser más o menos filosóficos o religiosos, es porque *la gradación en filosoficidad y religiosidad también varía en las personas y en sus obras*. Se es filósofo o religioso no tanto por escribir algo, desarrollar una profesión o tener unos títulos académicos o institucionales, sino por el conjunto de la vida. El auténtico filósofo tiende a amar todo lo posible toda la verdad posible. Este buscar amoroso de la verdad es una prioridad vital que marca todo su existir, toda su libertad y su destino. Asimismo, con independencia de su confesión, la persona auténticamente religiosa tiende a priorizar una vida centrada en la verdad de Dios, sin idolatrías ni endiosamientos.

Con retoricismos y falacias estratégicas es fácil manipular tanto la filosofía como la religión, y, por ende, la teología. Podemos acertar más o menos en nuestro caminar filosófico, teológico y religioso. Pero lo básico es *ser muy sinceros y activos en la búsqueda de las verdades principales, a fin de contemplarlas como filósofos y religarnos a ellas existencialmente*. Así, nos vitalizan y no quedan en mero entretenimiento o vanagloria intelectuales. Lo central no es quién dijo esto o aquello, o cuál es la relación entre una u otra escuela, sino cuál es el núcleo y el orden de lo real, y cómo entre todos lo conocemos y nos vinculamos con él.

Quienes caen en el cinismo escéptico, o cultivan una presunta filosofía aborta en cuestiones muy particulares y meramente técnicas, filológicas, sociológicas o históricas, no son propiamente filósofos. No dan la talla como filósofos profesionales. No llegan a ser filósofos los que no pasan de comentaristas de textos ajenos, o de meros historiadores de la filosofía. La simple docencia de la filosofía no garantiza ser filósofo. Hay muchos menos filósofos profesionales que profesores e historiadores de filosofía. Conviene mucho al filósofo la docencia de la filosofía y el estudio de la historia filosófica. Pero estas dos prácticas no sustituyen el nuclear quehacer filosófico. Profesional de la filosofía no se es por lo que por ella se cobre, sino por profesarla, por consagrarse de corazón y con preparación a ella. Algunos pueden ser famosos en los cánones institucionalizados de la historia de la filosofía u ostentar privilegiadas posiciones de prestigio académico. Pero, tal vez, apenas gozan de la experiencia filosófica, ni aportan nada sustantivo. Por mucha erudición filosófica o influencia que tengan, *no son filósofos ni viven como tales los que no aman la verdad (empezando por*

las verdades principales), ni se entregan a la búsqueda personal y comunitaria de tales verdades sapienciales para luego compartirlas con humildad y claridad.

Entre filósofos profesionales, como entre otros académicos, son muy tentadores el egocentrismo y hasta la soberbia, sobre todo entre quienes creen ser originales y creativos. En la práctica filosófica la tentación es especialmente alta, porque se aspira a conocer las mayores verdades. Desde esta ambiciosa, pero digna aspiración, no pocos pretenden dominar “el árbol del conocimiento del bien y del mal”. Es ridículo que, con disimulo o descaro, un filósofo adopte poses de oráculo divino o profético, de omnisciencia o de insensibilidad ante el misterio que nos constituye y envuelve. Tampoco es de recibo buscar una vanidosa satisfacción en destruir propuestas ajenas sin aportar alternativas consistentes.

La soberbia mayor que acecha al filósofo estriba en la tentación de creerse más sabio que Dios, reduciéndolo a una creencia superada. Son atendibles las objeciones racionales a la existencia y la acción de Dios. Pero algunos no asimilan la presencia de Dios, porque ellos se creen sus propios dioses. No asumen más “religión” que la del culto a sí mismos o a su particular ideología. Así, en sustitución de Dios, Feuerbach, y en su estela Marx, declaró divino al ser humano, preferentemente al “comunista”. Por mencionar otro ejemplo, lo primero por decir de “Así habló Zaratustra” es que así nunca habló Zaratustra o Zoroastro, ni profeta alguno, ni filósofo que se precie. El mayor problema no es ser o creerse ateo, sino creerse divino, absoluto o con facultades divinas de conocimiento y voluntad, a nivel individual o colectivo. Tan absurda creencia se da no solo entre declarados irreligiosos o antirreligiosos, sino también entre pretendidos religiosos y teólogos, que atribuyen a Dios sus propias arbitrariedades. Por ello, son tan perniciosos los gnosticismos, cuya presunción autorreveladora se infiltra tanto entre pensadores religiosos como irreligiosos.

La tentación de otros profesionales de la filosofía, que se saben carentes de originalidad y aportaciones, es la del gregarismo convencional y cerril a favor de una corriente o pensador de cabecera. No es prohibitivo el seguimiento fiel de un autor o escuela, con tal de que se haga con sentido crítico y apertura de miras. Con la filosofía es tan incompatible cualquier sectarismo o unilateralismo como los cómodos sincretismos relativistas. En principio, de todos se puede aprender, hasta de sofistas y escépticos, hasta de antimetafísicos y cínicos amorales, hasta de soberbios sabelotodo, y hasta de nuestros más encarnizados enemigos o rivales. En cierto grado estimulan nuestra réplica medida. Los filósofos podemos aprender de la antifilosofía, como los médicos aprenden de la enfermedad y de los agentes patógenos. Además, ningún filósofo está libre de incurrir en los graves defectos de los que por sistema se desentienden de la sabiduría para contentarse con sus sofismas y su charlatanería academicista. En todo caso, la vida es breve y hay que priorizar a los verdaderos maestros y a los reales compañeros de ruta y búsqueda sapiencial.

La excesiva y constante falta de claridad puede derivar de la torpeza expresiva y pedagógica. Aparte, ciertas sutilezas y densos razonamientos no pueden simplificarse en exceso para los no expertos. Pero hay autores que han hecho de la pedantería tecnicista y del alambicamiento inescrutables su estilo. Aparentan decir mucho, gran elevación y originalidad. Pero en realidad no aportan gran cosa y no pasan de sublimar obviedades, parafrasear convencionalismos o camuflar tremendos desatinos. *Mientras el filósofo no sepa ser claro, mejor mantenga el silencio y reelabore su mensaje hasta clarificarse él mismo.* La luz que quiera compartir, pequeña o grande, sea clara, comprensible. Y adviértase que textos o discursos aparentemente claros pueden encerrar un gran cúmulo de ambigüedades, inexactitudes y debilidades argumentativas. Con todo, señalemos que la claridad no es trivialización o simplismo. Ningún saber en sus niveles especializados puede exponerse a fondo para que cualquier lo entienda, pues muchos carecen de la preparación adecuada.

Podemos vencer estas y otras tentaciones. Para ello, *conviene estar alerta, ser autocrítico y escuchar críticas constructivas.* Además, dicha conciencia nos protege frente a tales prestidigitadores de la oscura palabrería pseudofilosófica. También nos vitaliza e inmuniza ante los excesos academicistas de tantos centros de estudio y publicaciones que recargan de exigencias formales, eruditas y burocráticas los trabajos de investigación, a falta de sustancia, hondura y creatividad. Ahora, el mejor antídoto contra esas fuerzas antisapienciales es amar prioritariamente la verdad más amplia y profunda.

Quienes viven hipócritamente de una institución religiosa o conformados con un superficial costumbrismo devocional, a duras penas pueden ser considerados personas religiosas. A veces, incluso son enemigos de la auténtica religiosidad, a la que persiguen. Ni la superficialidad saducea de unos, ni el formalismo fariseo de otros tienen nada que ver con el amor a la sabiduría ni con la sincera e íntima religación. Jesús y tantos hombres y mujeres de Dios han tenido sus principales opositores entre personas supuestamente religiosas. Los mayores enemigos de la filosofía y de la religión son los internos, que aparentan lo que no son, parasitan y dan un antitestimonio. Hay una gran diferencia entre los que simplemente viven de la filosofía o de la religión, estando en nómina y aprovechándose de su prestigio, y los que viven para la filosofía, para la religión o para ambas. Estos viven entregados vitalmente a la búsqueda de la verdad principal y a compartirla clara y desinteresadamente. Antes de cuestionar qué filosofía cultivamos o qué religión profesamos, *cerciorémonos de si real y coherentemente practicamos la filosofía y de si vivimos con sincera religiosidad.*

En pos de tal autenticidad, conviene *distinguir también entre una filosofía de inspiración religiosa y una teología confesional.* Por ejemplo, distingamos, con sus respectivas variantes, entre la filosofía cristiana y la teología cristiana. En sus argumentos y debates la primera no presupone los dogmas de la revelación

judeocristiana, pero está inspirada de modo principal por el humanismo y la sabiduría judeocristianos. En cambio, en la teología confesional cristiana se asume un conjunto de axiomas internos de toda la revelación transmitida por la propia tradición apostólica.

En todo caso, *tanto las filosofías (sean de inspiración religiosa o irreligiosa), como las teologías (sean naturales o confesionales) constituyen grandes elaboraciones racionales impulsadas por firmes voluntades con sus actos de fe o confianza.* Todo acto de fe mínimamente maduro incluye un proceso racional. Es racional. Y todo raciocinio aceptado supone una confianza en unos presupuestos aceptados por fe. Como he expuesto, ni la filosofía representa unilateralmente la razón, ni la religión lo hace con la sola fe. Hemos de superar los simplismos dualistas sobre razón y fe. Ninguna filosofía se demuestra en su conjunto, aunque incluya ciertas demostraciones. Toda opción filosófica obedece a ciertos supuestos de fe. Y ninguna religión se sostendría entre seres racionales sin un mínimo de racionalidad, que suele ser profunda. Otra cuestión evaluable es la diversa calidad racional y fiducial de cada acto humano, de cada filosofía y de cada religión.

Como vemos, la cuestión de la autenticidad hay que plantearla al abordar la relación entre filosofía y religión, porque, si ambas no son mínimamente auténticas, su relación tampoco. Pero reconozcamos que, *habiendo umbrales de autenticidad, esta es difícil de calibrar, porque es oscilante, paradójica y muy expuesta a valoraciones bastante subjetivas e históricamente contextualizadas.*

En principio, todos los seres humanos nacemos y crecemos con una vocación a la verdad como valor en sí, por encima de meras verdades utilitarias. Desde niños, todos manifestamos una gran curiosidad por conocer hasta lo más inútil, sobre todo lo que confiera lógica a la pluralidad de datos que manejemos. Como individuo y ser social, el ser humano madura en tanto adquiere, más que saberes, sabiduría. Necesitamos una lógica global de sentido, con firmes bases racio-experimentales, buena vertebración intermedia y un digno destino final. El ser humano nace para hacerse filósofo, compartiendo sabiduría. Desde tan íntimo impulso personalizador busca un sentido vital de plenitud que le arraigue y religue en la fuente del ser, del orden, de la justicia y de la misma verdad. Navegando entre relatividades y asumiendo nuestra propia relatividad, los hombres oteamos el horizonte del Absoluto. *Por su necesidad de sabiduría, el ser humano tiene una específica vocación a la filosofía y a la religiosidad, a conocer y celebrar la verdad originaria.* Por ello, ha habido filosofía y religión a lo largo de toda la historia, como claves en todas las culturas, aun sin emplearse tales términos y con manifestaciones muy diversas.

Sin embargo, estas dimensiones antropológicas tan comunes y universales se tornan difíciles de mantener y desarrollar a partir de cierto nivel de autenticidad. En teoría, todos los seres humanos hemos de ser los filósofos de nuestra vida. Son millones quienes han estudiado en secundaria o universidad bastante filosofía académica. También son muchos miles los filósofos profesionales.

Y, no obstante, resulta arduo encontrar con nitidez filósofos ejemplares, sabios que realmente aporten avances significativos al saber de los saberes. De las listas al uso de tales filósofos sobran y faltan bastantes. Es complicado el discernimiento. Paradójicamente, nada es más difícil para el ser humano que ser humano. Nada le cuesta más que crecer coherentemente con su propia naturaleza libre y espiritual. Parte de tal paradoja es la de que, siendo todos los hombres potencialmente filósofos, en la práctica dejamos mucho que desear. Análogamente, cabe decir lo mismo en general de nuestra malparada racionalidad. ¡Qué irracionales somos los seres racionales! ¡Cuántas veces en nombre de la “filosofía” se margina o pisotea toda sabiduría! ¡Y cuántas veces en nombre de Dios y de la religión, se blasfema con la conducta y se vive instalado en lo sacrílego! En un sentido básico, filosofar y ser religioso es bien fácil. Es cosa de niños. Pero, *bien porque perdemos la inocencia de la niñez o porque abordamos pruebas vitales escabrosas, vivir la filosofía y la religión con autenticidad resulta difícil.* Aun sin imponernos perfeccionismos como amantes de la sabiduría y de Dios, prioricemos abrirnos a la gran verdad que nos antecede, sustenta y espera. Se trata de ser humanamente auténticos. Necesitamos purificarnos con constancia, intelectual y volitivamente. Necesitamos la continua cooperación de tantos otros. Y necesitamos el don de Quien es fuente de todo don.

IV) RELIGIONES COMO FILOSOFÍAS Y FILOSOFÍAS COMO RELIGIONES

Hemos planteado la autenticidad de los individuos que supuestamente actúan como filósofos o religiosos. Conviene ahora *considerar también lo auténtico de la filosoficidad y la religiosidad de las enteras propuestas clasificadas como “filosofías” o “religiones”.* No todo en una filosofía, entendida como el conjunto de sus representantes, obras e influjos ejercidos, es filosofía. Ni todo lo implicado en una religión es religión, incluido su mensaje y prácticas de todo tipo. En la realidad humana todo se entremezcla y nada existe como compartimento estanco. Si acertamos al denominar algo “filosofía” o “religión”, es porque en ello predomina lo filosófico o lo religioso. En los individuos la autenticidad se mide en grado de sinceridad y de logro de las metas específicas de la sabiduría filosófica o religiosa. En el conjunto de toda una filosofía o de una religión compartidas, su autenticidad como tales depende de cómo se combine habitualmente con otras dimensiones culturales. Pongamos ejemplos, por más discutible que pueda ser su rápida exposición.

Al igual que las irreligiones (cosmovisiones o filosofías no religiosas), todas las religiones orientan de algún modo la vida moral y social, lo cual influye en la visión y en la práctica políticas. Es iluso o demagógico pretender aislar la política respecto de las opciones religiosas o irreligiosas, aunque tampoco haya que fundir política y religión. De hecho, en una misma religión caben diversas opciones políticas, y viceversa. Además de las básicas orientaciones sociopolíticas de una religión, hay épocas o situaciones en las que una

comunidad religiosa y sus representantes participan más en política y hasta en un gobierno. Ahora bien, hay religiones que por sistema tienen mucho más incorporada desde sus inicios una determinada concepción jurídico-política de toda la sociedad. Esto ocurre especialmente en el islam, en cualquiera de sus variantes principales. En la religión predicada por Mahoma, y en el propio ejemplo de este, el componente jurídico-político es tan importante como el cultural o religioso. La detallada legislación de la sharía es inseparable del corazón de la práctica islámica. Las escuelas islámicas son antes jurídicas que teológicas. Las principales controversias intraislámicas, como la que separó bélicamente a sunníes y chiíes, suelen deberse más a cuestiones de hegemonía política que de espiritualidad, teología o religión, aunque todo se termine sacralizando. Separarse del islam y de la umma es más que un cambio religioso, pues implica una ruptura civil y política con consecuencias penadas en tales dominios. En las bases y en la historia del islam, difícilmente se concibe una neta separación de poder entre lo religioso o lo político. Mahoma mismo fue la principal autoridad religiosa, político-jurídica y militar. *El islam es una religión política*, tal como solían serlo las antiguas religiones paganas, como las de Egipto o Roma.

Toda religión, como toda actividad humana, supone una amplia actividad psíquica. Y en todas las religiones se cuida la interioridad, la mente y la conciencia, incluso más que las manifestaciones conductuales externas. Pero hay doctrinas espirituales, como las budistas, que se vuelcan especialmente en el autocontrol mental. En su caso, se busca ante todo reducir y hasta superar toda experiencia de sufrimiento. *El budismo, en todas sus variantes, es una religión psicológica*, centrada en el autocontrol de la mente, y, consiguientemente, del cuerpo. En sus aspiraciones recuerda parcialmente al estoicismo, añadiendo una particular ascética de corte monástico. También comporta importantes implicaciones políticas, prominentes en su versión tibetana. Pero prioritariamente es una religión psicológica, una psicología sacralizada y de tendencia gnóstica.

De la gama de cultos o religiones que componen el llamado "hinduismo" (visnuismo, shivaísmo, saktismo, etc.), se puede afirmar, en parte, algo similar. Pero los hinduismos obedecen más al cuño general de las religiones paganas o naturalistas, como la griega olímpica, la maya o las animistas. Las religiones naturalistas principalmente buscan una integración colectiva con su entorno natural, en gran medida sacralizado. Así pues, *los hinduismos ejemplifican el modelo de religión naturalista*.

Muchas religiones delimitan y afianzan las identidades de pueblos y naciones, aun cuando no sean religiones de un solo pueblo o nación. Pero el pueblo judío destaca singularmente y por antonomasia como el pueblo de su religión. Sin negar cierta proyección universalista, antes y después de Jesús *el judaísmo es en primer lugar una religión nacional*, y, hasta cierto punto, una etnorreligión. El

linaje es religiosamente fundamental. De ahí, la importancia de las genealogías en la Biblia. Aunque no se impidan las conversiones de los no descendientes de judíos (por ejemplo, recuérdese el personaje bíblico Rut), no se facilitan ni apenas se promueven. Pero desde el seno familiar y comunitario hasta el nivel político en el Estado israelí, se dificulta mucho la libre conversión de judíos a otras religiones. Lo más ortodoxo es la endogamia étnica. Por todos los medios, se intenta mantener una unidad etnorreligiosa.

Cualquier religión contiene una antropología, una moral y cierta promoción de valores humanos. Dicho humanismo se da en mayor o menor grado según cada religión o filosofía. La religión cristiana, la de Jesús, su Evangelio y su Iglesia, gira en torno a la encarnación de Dios en la segunda persona de su comunión trinitaria. Es la religión de la humanización de Dios, sin antropomorfismos, ni meros avatares, ni confusiones entre lo divino y lo humano. Su mensaje es el de la plena unión humano-divina o teo-antrópica. Es el de la reconciliación universal, íntima y familiar entre Dios y todos los hombres. En virtud de tamaña implicación tan personal de Dios con los hombres, estos descubren su categoría de personas y su gran autonomía respecto de las fuerzas naturales y de los poderes políticos, ya desacralizados. Por todo ello, y por su moral de extrema dignificación de todo ser humano (incluidos los más pobres y los más pecadores y enemistados), *la cristiana es, por excelencia, la religión humanista y la primera netamente personalista*. Nada humaniza más que ensalzar y practicar el universal amor fraterno-filial como valor máximo. Y nada acerca más al amor de Dios.

Asimismo, cabe evaluar el grado de autenticidad de las corrientes o sistemas filosóficos. Pero en esto no nos extendamos aquí. Baste recordar, en primer lugar, que el escepticismo en cualquiera de sus militancias (el básico o epistemológico, el antimetafísico, el relativismo moral o antropológico, etc.) se autoexcluye de la necesaria afirmación filosófica de la verdad más profunda y amplia. La búsqueda y la afirmación de la verdad siempre caracterizan la motivación y la acción filosóficas. Los escepticismos representan lo que los filósofos griegos consideraban sofística (esta en su vertiente negacionista de la verdad). También, al menos ya desde Grecia, es netamente antifilosófica la presunción de plena sabiduría autoatribuida. El filósofo no se cree dueño de la verdad, sino que la ama en su grado de sabiduría. Por ello, la busca, y con humildad avanza poco a poco en ella. Ni el exceso del negacionismo escéptico, ni el exceso de la sobreafirmación iluminista son propios de la medida filosófica. *El filósofo sabe dudar tanto o más que cualquier escéptico y sabe ajustar sus afirmaciones mejor que cualquier iluminado. Además, supera el estancamiento de la duda enfermiza y progresa en sus descubrimientos siempre revisables*.

En segundo lugar, no es un secreto que hay corrientes o sistemas filosóficos más o menos completos en sus temáticas, o con predilecciones por ciertas áreas como la epistemología, la metafísica, la ética, la estética, la antropología,

la política, la mente, la historia, la educación, la religión, etc. En general, *uno de los factores para que una corriente o un sistema sea más filosófico es que abarque y armonice el mayor número de áreas de la filosofía*, en especial las centrales (sobre el conocimiento y la realidad, sobre los valores estético-morales, y sobre la condición de persona, sea humana o divina). En este sentido, sabios como Platón, Aristóteles, Agustín, Avicena y Suárez siguen siendo modélicos.

Hemos considerado la autenticidad de religiones y filosofías practicando *la filosofía de la religión y la metafilosofía*. *Combinando ambas disciplinas podemos contemplar las religiones como filosofías y viceversa*. Para ello, en este estudio si-gamos profundizando más en la filosofía de la religión.

La expresión “filosofía de la religión” se entiende habitualmente como “*la filosofía sobre la religión*”, como “el filosofar acerca del hecho religioso”. Sin embargo, tal expresión “filosofía de la religión” también puede entenderse en referencia a “*la filosofía propia de la religión*” o “*la filosofía ínsita en la religión*”. Al filosofar, todos lo hacemos desde un marco de presupuestos conceptuales y teóricos. Este puede ser una religión más o menos asumida, o un sistema irreligioso. Nadie filosofa desde la neutralidad. Nadie es más filósofo por ser más ateo o más piadoso. Lo cierto es que hay mucha filosofía en cada religión. Asimismo, cada religión, desde cada una de sus confesiones y en tanto configura una cultura, suscita muchas opciones filosóficas. Véase, por ejemplo, la huella protestante en muchos pensadores como Kant o Hegel. Terminaron apartándose del núcleo o kerigma cristiano, pero no de su cultura protestantizada. En todo caso, ambas interpretaciones de “la filosofía de la religión” reflejan sendas realidades muy considerables. Tan importante es que adquiramos una comprensión de hondura y amplitud filosóficas sobre la religiosidad humana, como que reconozcamos la filosoficidad intrínseca de toda religión, en tanto sea auténtica religión.

Así es. Sin filosofía no se acaba de comprender la religión. Sin la penetración sapiencial de la filosofía, no abarcamos la realidad religiosa. Además, filosóficamente, desconocemos la entraña religiosa, que incluye una búsqueda y una respuesta sapiencial, filosófica. Sin filosofía no se capta el significado global de lo religioso. No hace falta que sea una filosofía académica. Basta que de verdad se filosofe. Ahora bien, no basta un mero filosofar para enterarse de lo que es la religión. *Para asimilar cabalmente la religión, tanta falta hace la filosofía, como una experiencia religiosa de cierta madurez, muy personalizada, bien reflexiva y honda*. En el corazón religioso maduro la filosofía más vívida y el culto más consciente confluyen y se enriquecen. Se comprenden en su unidad sapiencial.

Pese a las diferencias doctrinales entre religiones, *una persona religiosa puede empatizar con la de otra religión mucho mejor que el carente de auténtica experiencia religiosa*. En cambio, las dudas de los agnósticos y hasta la negación atea no

suelen ser íntimamente desconocidas para quienes siguen una religión, sobre todo en la actualidad tan crítica. Ejemplo eximio de ello es que la misma Biblia recoge para judíos y cristianos una amplia gama de experiencias de duda sobre Dios y de negación o rebeldía contra Él. La persona religiosa filosofa desde dentro y desde fuera de su experiencia de fe confesional. Conoce las “noches oscuras” de la fe y los vaivenes de la relación con Dios. Por ellos pasaron casi todos los grandes referentes universales de fe religiosa. En cambio, hoy ya son muchos los pensadores completamente ayunos de un mínimo de experiencia de religación. Hablan y enseñan sobre religión como un ciego de nacimiento puede hablar de colores.

Todos los hombres tenemos espiritualidad, porque somos espirituales, aunque algunos se digan “materialistas”. Pero *una vaga espiritualidad no sustituye de veras la experiencia religiosa, su hondura y su compromiso trascendente y comunitario*. La espiritualidad se cultiva en todos los planos de la cultura. Pero se acrisola en especial desde una vívida filosofía y se forja ante todo en la densidad de la religión. Por su comodidad egocéntrica, hoy cunden las espiritualidades individualistas o minigrupales, arbitrarias y poco comprometidas. Son respetables como toda básica opción personal, pero no recomendables precisamente para el verdadero crecimiento espiritual.

Es posible y conveniente estudiar las religiones como filosofías, porque hay mucha filosofía en las religiones. Y también cabe y conviene estudiar las filosofías como religiones (o en clave religiosa), dados los frecuentes planteamientos religiosos, parareligiosos, antirreligiosos o, genéricamente, religatorios de las filosofías, al menos de las más arraigadas a lo largo de la historia. Una filosofía arraiga en los espíritus en la medida en que religa o vincula existencialmente con una referencia absoluta. El ser humano es un ser en busca sapiencial de sentido vital, de religación, de una vinculación que trascienda las fugaces contingencias. *Sin filosofía, poco se entienden las religiones. Y pobremente se entienden sin perspectiva religiosa o teológica las filosofías.*

Naturalmente, todo ello se comprueba paso a paso entrando en un acertado análisis prolongado de cada uno de los sistemas sapienciales que llamamos “religiones” o “filosofías”. Es tarea que excede las dimensiones de este texto. A ella todos quedamos convocados. Es misión irrenunciable, porque, *sin entender religiones y filosofías y su íntima vinculación, no entendemos al ser humano*. Y, si no nos entendemos a nosotros mismos, en el fondo no entendemos nada.

Tendencialmente, el homo sapiens es “homo religiosus” y “homo philosophicus”. Busca trascender sin límites en mente y corazón. La incesante búsqueda de saber propia del ser humano no se agota en lo pragmático ni en la curiosidad ociosa. *Por ser “sapiens”, ampliamente racional, el hombre filosofa y es religioso*. Tiende al panorama, más allá de particularidades científicas, de la sucesión de artes, o de las fluctuantes anécdotas cotidianas.

Es tarea de todo humano buscar y hallar la verdad, la verdad más auténtica y profunda. El saber, definidor del ser humano, ha de alcanzar la calidad de la sabiduría. *La sabiduría se concentra en lo que tras muchos milenios se ha llamado bien "filosofía", bien "religión", sin olvidar la sabiduría diseminada en la base de otras manifestaciones culturales, como costumbres populares y artes.*

No es que haya compatibilidad o incompatibilidad entre filosofía y religión en abstracto. El grado de afinidad varía tanto como el que puede haber entre distintas filosofías o entre distintas religiones. *Hay filosofías más o menos religiosas, nada religiosas o antirreligiosas; y religiones más o menos dadas a especulaciones y argumentos filosóficos.*

Aquí estamos cultivando *la filosofía de la religión*. La religión es una dimensión axial del ser humano en su historia, sobre todo porque le hace interiorizar al máximo, a la par que le abre los más amplios horizontes de convivencia y de expectativas vitales. Por ello, requiere una comprensión global, como puede aportarle la filosofía, antes que las ciencias particulares. No obstante, innegables son el interés y la importancia de la historia, la psicología o la sociología de la religión. La religión incide mucho en todos los campos de la vida humana. De ahí que desde todas las ciencias de lo humano se estudie la religión, desde la neurología hasta la politología, pasando por la economía y todas las antropologías. Siendo asunto relativo a lo divino, la religión es cosa muy humana y, por ello, muy filosófica.

Ahora bien, *la religión no es reductible a una filosofía*, tomada esta cual sustituto de la religión. No es que en su misma entraña la religión esté ajena a lo filosófico, ni que olvidemos las filosofías inspiradas en una y otra tradición religiosa. Pero tomar en bloque toda la filosofía para oponerla a la religión, como por ejemplo hizo el autosacralizado Comte, va no solo contra la entraña religiosa del hombre y de sus culturas, sino también contra la misma filosofía y su amplitud de miras. Además, es contradictorio, porque todo lo que se opone a la religión termina siendo una especie de pseudoreligión o parareligión, un absoluto falso e idolatrado. Así, al oponer de modo científico ciencia y religión, se sacraliza cierta idea nada científica de "ciencia". También la habitual oposición laicista entre política o Estado y religión tiende a sacralizar al Estado y a sus gobernantes. Igualmente, falsas son la identificación de lo estatal con "lo público" y la reclusión de lo religioso dentro de "lo privado". El Estado es solo parte de la vida pública. Esta abarca toda la vida social ampliamente compartida. Y dentro de ella corresponde a la religión una rica expresión. En fin, aunque la podamos estudiar como una religión, no hagamos de la filosofía una religión o un sucedáneo de ella. Como hemos dicho, caben filosofías religiosas y otras no religiosas o antirreligiosas. Pero nunca la filosofía como tal puede suplantar a la religión. Esta ni se reduce a filosofía, aunque incluya cierto filosofar, ni pretende anular la autonomía filosófica. A la propia salud de las religiones conviene la autonomía del filosofar.

Con todo, más allá de los estereotipos encasilladores, *la religión y la filosofía no se confunden, pero se compenetran íntimamente*, sea para remar al unísono, sea para cuestionarse constructiva o destructivamente. Su cuerpo a cuerpo está garantizado. Representar una mutua indiferencia solo acarrea una impropia superficialidad en una y otra. Además de tal compenetración más o menos desarrollada, el filosofar y el culto religioso comparten una base antropológica clave: la búsqueda de sabiduría y de sentido global. En este horizonte fundamental podemos contemplar las filosofías como religiones y viceversa.

En efecto, es posible y estimulante *estudiar las religiones como filosofías y las filosofías como religiones*, sin descuidar las diferencias entre ambas nociones. Por un lado, las religiones elaboran sistemas de ideas epistemológicas, metafísicas, éticas, estéticas y antropológicas. No dejan de reflexionar comunitaria e históricamente sobre la práctica totalidad de los grandes temas sapienciales o filosóficos. Su misma proyección cultural y litúrgica, y su carácter tan popular y longevo, hacen que adquieran cierta consistencia en cuanto a su ortodoxia y su código de buenas prácticas. Pero esto no desdice su honda racionalidad, su evolución intelectual y su incesante búsqueda en función de los tiempos y de los cuestionamientos de sus miembros más preclaros por su santidad y su talento teológico. Por otro, en cuanto arraigan y se sistematizan, las filosofías aspiran a esclarecer un completo horizonte vital omniabarcante, *more religioso*. Y, como se ha dicho, no es cierto que solo en las religiones haya dogmas o primeros principios, como los axiomas. Todo sistema de ideas se sustenta en principios asumidos por sí mismos, por su propia verosimilitud intuitiva y su feracidad lógica.

Para quien siga un determinado credo filosófico o religioso, cualquier religión resulta espontáneamente analizable como una filosofía. Cuando se estudia una religión sin asumirla como propia experiencia religiosa, lo normal es contemplarla como un sistema de ideas de calado sapiencial, con extensiones en todos los campos de la cultura. Incluso quien se adhiera a una religión puede tomar distancia intelectual, revisar sus propias dudas confesionales y analizarla como filósofo.

Y, al percibir la absolutización que algunos filósofos hacen de sus ideas, también resulta espontáneo considerar tales filosofías como religiones. Así, el hegelianismo parece situar la religión en un determinado estadio de la dialéctica global del conjunto de lo real. Pero en la globalidad del sistema hegeliano se percibe una continua pretensión reveladora cuasirreligiosa o parareligiosa. Y no en vano se ha calificado paradójicamente el comunismo marxista como “religión atea”. La religión no es el opio del pueblo, sino que el marxismo es el opio de los marxistas, sobre todo el de sus aburguesadas jerarquías estatales.

Aunque mantengamos la diferencia conceptual entre “religión” y “filosofía”, en la práctica hay tradiciones sapienciales surgidas mucho antes de que se configurase tal distinción. Y, de hecho, *su clasificación unilateral y rígida como*

“filosofías” o “religiones” es bastante anacrónica y sesgada. Esto resulta patente en las sabidurías ancestrales de India y China. Por ejemplo, el taoísmo surgió como elaboración de una escuela de intelectuales, como “filosofía”. Pero con el tiempo penetró en el pueblo como modo de vida y se ritualizó culturalmente, resultando más bien una religión. Hoy para muchos queda en una filosofía de vida con un tenue trasfondo religioso. En conjunto, no hay líneas claras de demarcación. No se las imponamos artificiosa y extemporáneamente.

El hecho es que la filosofía y la religión han existido siempre, pero no su conceptualización diferenciada. Sin embargo, es muy común asumir tal diferencia entre filosofía y religión como universal, atemporal y radical. Esto es no entender la historicidad de los conceptos y la unidad del ser humano en su búsqueda más profunda de la verdad más trascendente.

V) FILOSOFEMOS RELIGIOSAMENTE Y RELIGUÉMONOS FILOSÓFICAMENTE

No es obligado filosofar religiosamente, ni siquiera en el sentido lato y profundo de lo “religioso” como religación. Insistimos en ello, igual que al dejar claro que no es obligatorio estudiar las filosofías como religiones. Sin embargo, estamos viendo cuán altamente aconsejable es adoptar libremente esta perspectiva de profunda simbiosis y complementariedad filosófico-religiosa. En el fondo, *filosofías y religiones, es decir, todas las “cosmovisiones” o “tradiciones sapienciales”, se necesitan tanto para entenderse a sí mismas por contraste, como para colaborar ante los grandes misterios de la existencia.* Entre ellos destaca el aturdidor reto del misterio del mal y del sufrimiento, sobre todo el del gran sufrimiento del inocente. Tal cuestión es la principal piedra de toque de todos los sistemas sapienciales, de todos los planes de vida, de toda la base del orden moral y político. Aunque al final cada cual opte por el camino sapiencial que considere más acertado, ni ante el mal ni ante otras cuestiones cruciales filosofías y religiones pueden declararse autosuficientes.

Cumplir algo “religiosamente” se entiende que es hacerlo con el máximo cuidado y dedicación. Al menos en este sentido ampliado de lo religioso, es recomendable que practiquemos la filosofía, que filosofemos religiosamente. Es decir, que nos tomemos la actividad filosófica como una de las mayores pasiones personales, como fin en sí, casi como algo sagrado o que nos abre a lo sagrado. *Filosofemos con espíritu religioso, religados a la búsqueda de la principal verdad, priorizando al máximo el amor a la sabiduría.*

La filosofía conviene practicarla con pasión religiosa o cuasirreligiosa, sin menoscabo del saludable desenfado que hay que saber administrar. Precisamente por este sentido sacro de la importancia de buscar la verdad más amplia, conviene *desacralizar la canonización de ciertos encumbrados autores, obras y tesis.* ¡Basta ya de vacas sagradas en la historia de la filosofía! Se sobreestiman

escuelas, épocas y países, y se minusvaloran otros, sin razón ni justicia y con fuerte desproporción. Todo genuino espíritu religioso impulsa a la destrucción de ídolos, que suelen ser más internos que externos. Apliquemos esta limpieza a la filosofía, pero mejor de lo que lo hizo Francis Bacon. Conviene ser juiciosamente iconoclasta, sin destruir los verdaderos iconos de la sabiduría.

No hay un verbo como “religiosear” o que diga “practicar o profesar una religión”. Suele decirse “creer”, “ser creyente”, pero esto diluye y confunde mucho la noción. Recordemos que todos los humanos pensantes creemos algo por el hecho de pensar y por aceptar pensamientos no demostrados. Permítase, pues, que, recurriendo a la etimología, digamos “religar”. Su significado es el de identificarnos con un vínculo reafirmado de sentido vital, trascendente y cultural. Así, podemos *ser religiosos en tanto nos religamos con lo que más lo merezca*, con el Absoluto, con Dios. No tiene sentido religarnos o fundamentarnos con lo que es tan inconsistente y contingente como nosotros.

Sin religión no cabe religación. Pero, sin su entraña de religación, la religión queda en mera apariencia, en ritualismo y normativismo sacralizado. En su propio latir religatorio la religión constituye la relación primordial o por excelencia, siendo la que nos dota de raíz en la génesis y sentido absolutos de lo real. La religión es la relación cultivada con Dios. En ella se conjugan culto y cultura, con sus consiguientes teología y filosofía. Solo desde una acepción superficial de “religión” algunos predicadores (sobre todo protestantes), sin clarificar su alternativa, aseveran que el cristianismo no es una religión. Ahora bien, no cabe anclarse en una percepción superficial de algo tan profundo como la religión. Sin entenderla, no solo no se entiende a Dios, sino ni siquiera al ser humano. Y, sea cual sea nuestra posible religión, no nos conformemos con una religación o religiosidad cualquiera. Ha de ser digna de nuestra racionalidad y libertad. De ahí que propongamos *una religación profundamente racional y libre: una religación filosófica. Reliquémonos con espíritu filosófico*. Animo a que vivamos una religiosidad no racionalista o fría mente cerebral, pero sí pensada a fondo, examinada, revisada e incluso purificada por oportunos cuestionamientos. Como dice 1 Tes 5,21. “Examinadlo todo, retened lo bueno” (“πάντα δὲ δοκιμάζετε, τὸ καλὸν κατέχετε”).

Los mismos textos sagrados bien pueden leerse en una complementaria clave filosófica. La tienen. Solo hay que detectarla y dialogar con ella. Es fácil con algunos textos, como con buena parte de los libros bíblicos sapienciales. Con otros hay que desplegar una mirada global y simbólica, y ver cómo han orientado el sentido vital de pueblos enteros durante siglos. Mucho más que cualquier filósofo singular.

Platón soñaba con gobernantes filósofos y con filósofos gobernantes. Pocas veces los pueblos han disfrutado de tales sabios mandatarios, porque desde la ciudadanía no se han educado o no se han promocionado. Nosotros

ampliemos a toda la sociedad el sueño de Platón. Adaptemos su ideal filosófico-político de gobernantes experimentados, entregados y de miras trascendentes, para moldear una realidad social justa, bella y sabia. Se trata no solo de lograr gobernantes filosóficos, sino también una entera ciudadanía filosófica y sabiamente religada. Eduquémonos todos para ser *filósofos religiosos y religiosos filósofos*. Descubramos y promovamos un filosofar que, buscando la plenitud de la verdad, se religue con la plenitud del ser y de la vida. Encontrémonos con una religiosidad autenticada, personalizada y bien compartida desde la reflexión, la crítica y la conciencia filosóficas.

Siendo filósofo, el religioso evita fanatismos, fideísmos y emotivismos. Acierta a conjugar, como Pascal, razón y corazón. Sabe dialogar y debatir a fondo. Sabe comprender empáticamente a los desorientados y a los divergentes. Es humilde y amante, ante todo, de la verdad más amplia. Cuida al máximo su racionalidad y la comparte con otros, pues el filósofo tiene alma de aprendiz y pedagogo. Siendo religioso, el filósofo se libra de escepticismos ramplores, de nihilismos y desarraigos existenciales, de ídolos y egolatrías. Y sabe mirar cara a cara al misterio trascendente de la vida y de la persona. *Siendo filósofos, seremos más auténticamente religiosos. Y, siendo religiosos, seremos más filósofos.*

No es que un filósofo esté obligado a abrazar una religión, ni que todos los religiosos deban dedicarse a filosofar profesionalmente. La religión es auténtica en tanto libera y salva, y la libertad y la salvación no se imponen. Además, la profesión filosófica siempre será minoritaria. ¡Pero cuánto ayuda a ser filósofo y a la propia humanización el comprender bien el hecho religioso, e incluso asumirlo en persona! Y la filosofía sincera, como búsqueda personalizada de la mayor verdad, purifica y hace auténtica la vida religiosa. No es cuestión de una filosofía técnica y erudita, sino de frecuente reflexión personal y franco diálogo. *El filosofar y la piedad religiosa se purifican y estimulan entre sí en tanto son auténticos.*

Como he advertido, de esta comunión entre filosoficidad y religiosidad recelan diversos sectores opuestos entre sí. Desconfían algunos filósofos académicos, creyentes en que la filosofía surge justo de distanciarse de dogmas religiosos y mitos. También rechazan tal comunión los fideístas, que temen la filosofía como necesariamente racionalista y mundana. La filosofía no nació para diferenciarse de la religión, sino para buscar desinteresadamente la verdad. Para ello colabora con cualquier ciencia, arte o religión que lo merezca. Y la religión no es una imposición divina. Es una opción incomparable de religación, de principal vinculación con el núcleo absoluto de lo real. Requiere búsqueda de sabiduría. El buen filosofar es su aliado natural. Dios es su aliado sobrenatural. Así pues, *no recelemos de la feliz sinergia entre las sabidurías filosófica y religiosa*. Aun con distintas expresiones, en su raíz y destino, la sabiduría es una, como la verdad que proclama.

La gradual autenticidad sapiencial por la que hemos de ir madurando en nuestra búsqueda filosófica y religiosa implica directamente y a fondo nuestra *autenticidad humana y personal*. La autenticidad no impone acertar cuanto antes y en un determinado grado. Pero sí exige buscar ante todo la verdad, condición para madurar de verdad como humanos. Las personas auténticamente buscadoras no tienen por qué estar en todo de acuerdo y pueden militar en filosofías y religiones distintas. Pero viven abiertas a lo mejor de las otras filosofías y religiones, en tanto estas sean auténticamente filosóficas y religiosas. No todo lo que se presenta como arte, política, filosofía o religión es tal. La buena noticia es que la creación de belleza, la responsabilidad cívica por el bien común y el amor a la sabiduría y a Dios sí discurren mucho más extensamente de lo que se percibe por los cauces oficiales o publicitados. Aprovechémoslo, abriéndonos a las convergencias entre todos los grandes campos de la cultura y no solo a la sinergia filosófico-religiosa.

Alentemos, pues, la búsqueda desprejuiciada de la verdad, por encima de intereses o inercias individuales o grupales. No obstante, permítaseme puntualizar lo que con más precisión muchos razonadamente entendemos por clave de la sabiduría. Sí, razonemos todo lo posible, aunque lo principal de esta vida no se demuestre y aunque cualquier demostración pertenezca a una constelación de ideas donde no todo se demuestra, incluso en matemáticas. Pero, aunque lo principal no se demuestre desde la mera razón, esforcémonos por alcanzar la mayor verosimilitud racional, confirmada y purificada por el conjunto de la experiencia vital compartida. Antes o después, *en función de lo pensado y examinado, la voluntad ha de asumir una opción vital clave: libre y responsablemente, ha de depositar su fe, confianza o creencia en una referencia principal, incondicionada, absoluta. Para los humanos, que somos personas, tal referencia absoluta, dignamente no puede sino ser el Absoluto personal, Dios*. Por su propia condición de absoluto, ha de ser trascendente, superando la inconsistencia de toda la relatividad de lo inmanente o mundano. El carácter personal y trascendente del ser Absoluto es lo más lógico y digno para el ser humano, quien es persona y aspira a superar su finitud moral y mortal. Como otros grandes conceptos, el de "Dios" se presta a numerosos malentendidos, connotaciones intempestivas y manipulaciones. Pese a esto y a su incomparable misterio, no hay término más apto para nombrar mínimamente a quien es fuente y objeto de toda sabiduría, de todo sentido y de toda ilimitada y sólida humanización. La noción "Dios" (incluidas sus variantes) es irreductible a mero constructo especulativo e interesado. Antes bien, es muy experimentable y resulta lógicamente del conjunto del pensamiento humano en cualquier cultura.

Frente a todo lo relativo que nos constituye y rodea, es menester reconocer coherentemente una realidad absoluta, que dé sentido a la relatividad de todo lo demás. Por introspección, por conocimiento de la historia de la filosofía y de las religiones, y porque al final no cabe más opción lógica, o asumimos como

absoluto una realidad en sí misma trascendente, incondicionada y personal, o bien somos nosotros quienes arbitrariamente absolutizamos una realidad o proyecto inmanente, condicionado e impersonal. Es decir, absolutizamos algo meramente relativo. No es un falso dilema. Es un dilema de largo alcance, que puede no apremiarnos en lo inmediato, donde caben medias tintas, pero que en última instancia es inesquivable. En suma, *o crees en Dios, o bien, aun sin reconocerlo, te crees un dios o crees en dioses o absolutos, que son ídolos*. Y, si dices no creer en nada, nihilistamente, eso vale tu creencia: nada. Transitamos como funámbulos sobre la cuerda del ser y ante el abismo de la nada. Pero, al final, nuestra gran libertad consiste en elegir definitivamente entre el Todo o la nada, entre el todo de Dios y la nada de lo que pretende negarlo o suplantarlo. En conocerlo y vivirlo estriba la sabiduría, su amor y su religión.

La singular y feliz aportación cristiana se da en que *Dios con su todo se ha atrevido a entregarse del todo en medio de la nonada humana*. Por la encarnación, lo absoluto y lo relativo, lo trascendente y lo inmanente, lo eterno y lo temporal, lo espiritual y lo material quedan armonizados.

Además, en gran medida, hay *una hermosa coincidencia entre el núcleo inspirador de la filosofía y el de la espiritualidad cristiana, centrados ambos en el amor*. La filosofía es ante todo amor hacia la sabiduría. Y en esto mismo consiste la vida interior evangélica: en amar ante todo a Dios, origen y objeto primero de toda sabiduría, trascendente e inmanente. En Dios reside toda la eterna sabiduría trascendente que se ha hecho inmanente en Jesús. Desde Él, nuestra humana sabiduría inmanente puede elevarse, trascender personal y comunitariamente hacia su deseada infinitud, en espera de la visión beatífica. Aceptarlo es libre, porque nada hay más libre que la gran liberación de esclavitudes y sinsentidos, y el amor en plenitud. En todo caso, es nítida la inmensa belleza sapiencial de la propuesta filosófico-teológica y existencial del Evangelio.

CONCLUSIONES

“Filosofía” y “religión” no son términos sinónimos. Se distinguen. Pero en la historia universal y en su común entraña sapiencial su distinción no es rígida, sino fluctuante. Tanto en las filosofías como en las religiones se detectan fundamentos fiduciales, de fe. Estos son frutos de búsquedas racionales y orientan argumentaciones de amplia racionalidad. Hay diversos modos de entender la filosofía y la religión, según los cuales difiere su conexión o afinidad. En conjunto, ambas se entienden mejor en su interacción. Por ello, *conviene estudiar en paralelo las filosofías y las religiones, aprovechando sus analogías y sus respectivas aportaciones a la humanidad, sobre todo al sentido vital*.

Así pues, podemos *contemplar las llamadas “filosofías” como religiones*, en un sentido amplio de “religión”. Es decir, podemos entenderlas como modelos

generales de religación o vínculo comprometido con el núcleo de lo real y de la vida. Complementariamente, también podemos *estudiar las llamadas "religiones" como filosofías*, sin reduccionismos racionalistas o empiristas. En tal sentido, las religiones son asimismo amplios sistemas racionales de ideas explicativas y orientativas sobre las mayores cuestiones sapienciales.

Desde esta doble consideración cruzada *aprenderemos a filosofar con el especial empeño y pasión del sentir religioso y a profesar nuestra religión con una prudencia filosófica*. En todo caso, el filósofo no religioso podrá apreciar la filosoficidad de la religión, y el religioso ayuno o escaso de práctica filosófica podrá purificar su misma fe desde la autenticidad de la racionalidad filosófica.

Es opcional que cada particular se identifique más o en exclusiva con una de las dos vertientes sapienciales. *Lo ideal es una amplia integración (sin disolución) de filosofía y religión. En definitiva, lo más importante en una vida consciente es alcanzar, vivir y compartir la sabiduría, la mayor verdad posible sobre la clave de la realidad.*

Pablo López López
IES Emilio Ferrari
C. Sementera, s/n, 47009 Valladolid
plopezlopez2@educa.jcyl.es

